

## LA ORIENTACION SOCIOLOGICA DE LA ECONOMIA

Por: LUCIO MENDIETA Y NUÑEZ

El panorama que ofrece el mundo en la hora presente, es, más que en cualquiera otra época de la historia de la humanidad, de tremenda lucha por intereses económicos, lo mismo en la vida interna de los pueblos que en sus relaciones internacionales. Si bien se observa, toda la política mundial gira en rededor de la conservación o de la adquisición de mercados para los grandes países industriales, en torno de la consecución de materias primas o de su venta en las mejores condiciones posibles o de los modos de apropiación y distribución de los bienes que sirven para satisfacer las necesidades materiales y morales de los seres humanos. En último análisis advertimos que detrás de los diferentes sistemas de organización estatal y de las espectaculares discusiones que realizan los estadistas de las grandes potencias, sólo hay una división de los Estados modernos en dos grupos: uno formado por los que tratan de socializar los medios de producción y otro por los que insisten en conservar los sistemas de propiedad privada. Es decir, quierase o nó, los actuales problemas de los diferentes países del mundo, parecen ser exclusivamente de carácter económico.

Y si pasamos de la consideración de las cuestiones que se debaten en las asambleas y en las mesas diplomáticas, relacionadas siempre con los intereses de los pueblos como entidades políticas, para adentrarnos en la vida cotidiana de las gentes que componen esos pueblos, vemos en el acto que también allí se agitan cuestiones económicas que diariamente se objetivan en situaciones angustiosas como el desempleo, el pauperismo, o bien trágicas tales como el hambre que aniquila a considerables masas humanas en ciertas regiones de China y de la India, o que las mina con lentitud sádica en algunas zonas indígenas de la América Latina.

No cabe duda, en esta hora, lo económico satura el ambiente, se respira en cada aliento humano.

Y claro, si hay una ciencia que se llama Economía y profesionales que la cultivan con el título de economistas, la humanidad vuelve los ojos hacia ellos esperando, con impaciencia, la solución de los problemas económicos nacionales, individuales y de grupo que actualmente la aquejan!

Pero los años pasan y las soluciones no llegan. Los profanos empezamos a dudar de la eficacia de la Economía y de los economistas. La ciencia económica aparece, ante el vulgo, como un conjunto de principios esotéricos que sólo sirven para hacer más ricos a los ricos y para empobrecer más a los pobres.

A pesar de los innumerables volúmenes que ya se han escrito sobre la Economía y sobre las diferentes cuestiones económicas, lo cierto es que el hombre de la calle juzga por los resultados que siente en su propia carne y se azora ante los contradictorios remedios que le ofrecen los especialistas. Así, por ejemplo, en unos países se procura la defensa extrema de los propios recursos prohibiendo la salida de capitales y divisas y levantando barreras arancelarias para preservar la economía doméstica, en tanto que en otros se buscan iguales efectos por medio de sucesivas devaluaciones de la moneda de acuerdo con las circunstancias nacionales e internacionales; pero en ambos casos, la realidad social es igualmente desfavorable, igualmente transitoria e insegura.

Y si de las discutibles soluciones de ámbito internacional pasamos a las internas de cada Estado, advertimos también la pobreza de medios y resultados: todo se reduce a subsidios para mantener una baja artificial en el valor de las mercancías y de los servicios, o para acudir en ayuda de grupos sociales desvalidos; a la fijación de precios tope y al establecimiento de sanciones más o menos drásticas en contra de quienes los infringen y a la intervención de los Gobiernos en calidad de comerciantes, de industriales o de monopolistas para hacer la competencia a los industriales, a los comerciantes y a los acaparadores particulares a fin de frenar sus voraces apetitos; pero aparte de que no podemos, los profanos, menos de preguntarnos con cierta ironía si para la adopción de medidas tan burdas se necesita ser sabio economista, la verdad es que por entre las mallas de esa red de actividades y prohibiciones gubernamentales, de carácter económico, la realidad se desborda en una serie de actos y situaciones incontrolables que son bien conocidas de todos: mercado negro, fraudes en pesas y medidas, ocultación de mercancías, huelgas, paros, inmoralidad burocrática, etc. etc. Y entonces, una amarga pregunta asoma en los labios de los profanos: ¿Para qué sirven la Economía y los economistas? Y no sólo este escéptico interrogante angustia la mente del vulgo, sino que aparece también en la pluma de intelectuales como Bárbara Wooton autora de una tremenda requisitoria denominada Lament for Economics publicada en 1933 y en libro de Lynn Knowledge for What.

Nosotros pensamos que la economía participa en cierto modo del mismo destino de las otras ciencias sociales que apenas se configuran trabajosamente por falta de recursos y de estímulos.

Mientras que los científicos que cultivan las ciencias de la naturaleza pueden dedicarse íntegramente a ellas porque disponen de la

ayuda de financieros y de poderosas fundaciones, los que se dedican a especular en el campo de las ciencias de la cultura no pasan de ser profesores universitarios o aficionados de buena fe que robando, la mayoría de las veces, horas o minutos al ocio merecido, trabajan en los diversos campos del conocimiento que se refieren a la sociedad y sus problemas. Hay, además fuerza es decirlo, en este campo, una selección que llamaremos negativa porque salvo excepciones representadas por verdaderos talentos que lo sacrifican todo a su vocación, numerosas personas de grandes capacidades ahogan la atracción que sienten por el estudio de las ciencias sociales, para dedicarse a actividades profesionales más lucrativas.

En cuanto se refiere a las ciencias de la naturaleza sucede precisamente lo contrario. Allí las mejores inteligencias son traídas por el incentivo de los altos salarios, de las regalías y de los negocios en grande escala. Financieros y capitalistas están ardientemente interesados en los descubrimientos de la física y de la química, de la biología, de la medicina, de la mecánica, etc., y en las técnicas correspondientes porque se traducen en nuevos progresos industriales y pagan con esplendidez y dotan de toda clase de elementos a los científicos que, con su trabajo creador, les reportan cuantiosas utilidades. En cambio, no sólo no tienen interés en las teorías de los científicos sociales, sino que las ven con profunda desconfianza, como fuente de alteraciones del orden de la sociedad que los beneficia.

Esto explica, en parte, el desproporcionado aparente progreso de las ciencias de la naturaleza, frente al lento y digamos doloroso desarrollo de las ciencias del espíritu; pero solo en parte, porque estas disciplinas tienen, además, en su contra, su complejidad extraordinaria. En tanto que en las ciencias de la naturaleza todo está sujeto a leyes ineluctables que se realizan indefectiblemente en igualdad de circunstancias y sobre las cuales pueden elaborarse estructuras científicas de validez permanente, en las ciencias de la cultura intervienen pasiones, intereses y factores irracionales que difícilmente pueden controlarse.

La Economía, entre las ciencias sociales, ofrece, sin embargo, características especiales, tiene un doble aspecto. Por una parte, está íntimamente ligada a las ciencias de la naturaleza y participa de los métodos precisos de esas ciencias, por cuanto se refiere a la producción, a la distribución y al consumo de bienes materiales que son susceptibles de cuantificación, y a las manipulaciones mecánicas que pueden ser exactamente predeterminadas. Y a la vez, la Economía está conectada con las ciencias de la cultura por sus indudables proyecciones sociales.

A esta doble índole se debe, en nuestro concepto, el relativo fracaso de la Economía en el mundo moderno y decimos relativo, porque se nos aparece como una deidad grandiosa con medio cuerpo de luz y medio cuerpo de sombra, presidiendo el destino de los hombres.

En efecto, en cuanto participa de las ciencias de la naturaleza, por la exactitud de ciertos de sus principios y técnicas, la Economía se ha desarrollado con extraordinaria pujanza auspiciada por las fuerzas capitalistas. Allí están para demostrarlo, el éxito indudable de las altas finanzas, de los sistemas bancarios, de las gigantescas organizaciones mundiales de producción y de las comerciales de distribución de mercancías y de servicios, que funcionan con la exactitud de un mecanismo de relojería y que anualmente reportan fabulosas ganancias a quienes los manejan.

Pero frente al éxito de la Economía en este primer aspecto luminoso, está su fracaso innegable cuando se trata de satisfacer las necesidades de la sociedad, cuando se proyecta sobre el pueblo, pues entonces todo es imprecisión y desajuste, sombra y miseria.

En su primer aspecto la Economía es simplemente una teoría de la acción económica, de carácter abstracto, que da lugar a una serie de medios para alcanzar un solo resultado; el desarrollo de la producción de bienes materiales independientemente de sus fines sociales.

En su segundo aspecto, la Economía es eminentemente social; pero en el mundo moderno es evidente el divorcio entre estos dos aspectos.

En su origen, lo propiamente económico y lo social se hallan íntimamente unidos. Tan es así, que la disciplina a que aludimos se denominó primero Economía Política; pero bien pronto, engreída por sus éxitos iniciales, fue orientándose hacia planos de rigor casi matemático y adoptó el nombre de Económica, ciencia pura, que sirvió y aún sirve, así considerada, como instrumento de denominación en manos de las clases pudientes, con lo cual despertó la crítica de los científicos sociales y el descontento de los sectores populares. Por eso la tendencia actual en esta materia es la de procurar una reconciliación entre sus dos aspectos ya aludidos. Refiriéndose a esto, dice el eminente sociólogo español José Medina Echavarría en su libro Responsabilidad de la Inteligencia:

“De querer dar en una fórmula la línea evolutiva que tenemos ante nuestros ojos, podría decirse que con el tránsito de la Economía Política a la Económica y de ésta de nuevo a la Economía Política, se marcan los puntos mayores y menores de aproximación entre la teoría económica y la Sociología. Es decir, agrega, la Económica representa el momento en que la construcción teórica de la economía es más pura, más despejada de toda infiltración ‘consciente’ de cuestiones políticas o sociológicas generales. Pero la reciente repudiación en círculos cada vez mayores de esa pureza, ante insatisfacciones por su ineficacia, y el significativo retorno al viejo término, anuncia ya en estas manifestaciones externas una nueva y más íntima aproximación entre lo económico y lo sociológico”.

Digamos, por nuestra parte, que ese retorno de que habla Medina Echavarría también se hace patente en la actual tendencia a sustituir el nombre clásico de la Economía Política por el de Economía Social y en la aparición de una nueva rama de la Sociología: La Sociología Económica sobre la que el mismo autor dice:

“Por último, de las relaciones entre Economía y Sociología hemos visto surgir una disciplina intermedia y fronteriza, la Sociología Económica’, no difícil de perfilar en sus temas generales, pero apenas cultivada de un modo sistemático a pesar de contarse hoy ya con abundantes datos, materia prima unas veces y productos semi-elaborados otras”.

Pero no faltan economistas que se opongan a esta orientación que pudiéramos llamar sociologizante de la Economía porque ven en ella el peligro de que lleve a la confusión entre Economía y Sociología.

En realidad no se trata de confundir Economía y Sociología, ni de revivir la disputa sobre la repetida autonomía de estas disciplinas. Debe partirse del reconocimiento de que son diversas y que para el desarrollo general de la ciencia es indispensable que cada una mantenga su propio campo, su peculiar contenido. Lo único que se desea al tratar de orientar en un sentido sociológico a la Economía y al hablar de “Sociología Económica”, es destacar las implicaciones y las proyecciones sociales de las actividades relacionadas con la Economía, para despojar a ésta de toda abstracción, de todo purismo, que, al deshumanizarla, indefectiblemente la convierte en un instrumento de denominación y de explotación.

No se intenta, repetimos, supeditar la Economía a la Sociología, lo que sucede es que se ha llegado a la conclusión de que gran parte de los fracasos de la Economía se deben a que se aleja de lo social y así, en el planteamiento de los problemas que de ella se derivan, suele desestimarse el factor humano y por eso las soluciones que se adoptan con base en pretendidos principios económicos resultan necesariamente unilaterales y con frecuencia inoperantes.